

EL RINCON DE LA HISTORIA

LOS PRIMEROS PIANOS EN CHILE

La larga trayectoria del instrumento que pasó después a ser el piano y cuya evolución corre pareja con el desarrollo técnico y artístico de la música moderna, se puede seguir también en Chile, a través de la distancia y el tiempo histórico que separaban la lejana capitanía del Nuevo Extremo con los centros de producción musical de Europa.

A comienzos del siglo XVIII, en el auge del influjo de Francia por la entronización de los Borbones en España con Felipe V, los comerciantes bretones introdujeron subrepticamente en nuestras costas los primeros *claves*, nombre genérico con que nuestros antepasados bautizaron la espineta y el clavicembalo. La llegada produjo tal entusiasmo en los melómanos y en el pueblo mismo que todavía Valparaíso conserva una calle que eterniza el recuerdo de su introducción.

Por la Calle del Clave vieron los porteños desfilar el primoroso instrumento que iba a dar nuevo brillo a la ejecución musical. Lentamente el talento criollo fué dominando su técnica. Hacia 1750 hubo un famoso maestro Juan Pablo Rodríguez, que trashumaba de Chile a la Argentina para copiar la delicada caja de los claves.

La transformación del instrumento no se hizo esperar. Ya en Diciembre de 1790, la fragata Santa Rosa, de la matrícula del Callao, depositaba, por encargo de don Javier Errázuriz, el nuevo tipo que figura en los registros como *piano-clave*. Sin duda, se trata de los frutos primerizos de aquel ingenio sevillano Juan del Mármol, que desde 1770 venía trabajando en un descubrimiento. Así pudo, en 1791, con el beneplácito y apoyo de los monarcas, construir un *forte-piano* que difería de los que Broadwood y Wood habían popularizado en Italia e Inglaterra. En 1795, la familia Cotapos pudo obsequiar a Vancouver con un concierto de piano-forte tocado por las ágiles manos de doña Mariquita, una de las iniciadoras del arte musical en el siglo XVIII.

En 1802, la fragata *Aurora* condujo desde Cádiz a Valparaíso, «seis caxones toscos con seis pianos», avaluados en la fantástica suma de \$ 10.800. Podemos todavía contemplar y aun oír uno de estos elegantes pianos de la casa Mármol, en el Museo Histórico. Se trata del que perteneció a doña Teresa Larrain y cuya peregrina historia desde una testamentaría de Sevilla hasta el zaguán de la esquina de la calle de Huérfanos con la del Rey, ha escrito uno de nuestros historiadores.

No tardaron los pianos ingleses de Broadwood, y luego los de Clementi, en labrarse un camino hasta Chile. En Junio de 1806, el mecenas don Nicolás de la Cruz hacía llegar un «forte piano inglés» a nuestro país. El más lujoso que se conoció en esa época fué el de don Joaquín de Villaurrutia «en forma de cómoda, labrada y poli-

cromada», que los patriotas vendieron en pública subasta para costear las obras de defensa de Valparaíso.

Al fin de esta nueva etapa de independencia, de nuevo la fragata «Aurora» se presentó en 1814 en nuestras costas, trayendo un «piano-órgano» para don Bernardo O'Higgins, tal vez el mismo que endulzó las horas del destierro del padre de la patria, en su hacienda de Montalbán, en el Perú.

Terminaba con esto la etapa heroica de los pianos. En 1820, María Graham pudo exclamar: «El número de los pianofortes es asombroso, no hay casa que no tenga uno y la afición por la música es *excesiva* en Chile».

E. P. S.